

# DIÁLOGOS SOCRÁTICOS

PLATÓN

Traducción y adaptación de Agustín García Calvo

# CLITOFONTE

## SOCRATES, CLITOFONTE

406 SÓCRATES. A propósito de Clitofonte el de Aristónimo nos contaba no sé quién hace un momento que en una charla con Lisias había criticado las conversaciones de con Sócrates, y encarecía, en cambio, extremadamente el trato con Trasímaco.

CLITOFONTE. Quienquiera que fuese, Sócrates, no te refería debidamente las palabras que acerca de ti tuve con Lisias; pues en unas cosas, por cierto, no te alababa yo, pero también en otras te alababa. Y en vista de que bien se trasluce que me lo tomas a mal, aunque aparentando que no se te da nada de ello, con mucho gusto te las puedo referir yo mismo, ya que se da que estamos los dos solos, para que no creas que estoy en tan mala disposición para contigo; que acaso lo que pasa es que por ahora no estás bien enterado, y por eso se te ve contra mí más irritado de la cuenta; pero si me permites hablarte con franqueza, con gusto aprovecharé el permiso y presto estoy a hablar.

407 SÓCRATES. Pues a bien que fea cosa sería, deseando hacerme tú favor, que yo lo rehusara: porque es claro que, sabiendo ya por qué lado soy peor y por cuál mejor, lo uno habré de cultivarlo y proseguirlo, y de lo otro apartarme en cuanto pueda.

CLITOFONTE. Ten a bien escucharme. Que es que yo, Sócrates, muchas veces, encontrándome en tu compa-

ña, pasmábame de oírte, y me parecía que sin comparación hablabas mejor que hombre ninguno, cuando, censurando a los hombres, como un dios de la tragedia apareciendo en lo alto de la escena, declamabas de aquel modo: «¿Adónde vais a parar, hombres, y aun sin daros cuenta de que no hacéis nada como es debido, vosotros que para las riquezas ponéis todo el afán en conseguirlas, y en cambio de los hijos a quienes vais a dejárselas os desentendéis de que sepan o no usar justa y virtuosamente de ellas?; y ni a ellos les buscáis maestros que esa virtud de justicia les enseñen, si es que es objeto de enseñanza (o si lo es de ensayo y ejercicio, quienes los ejerciten y los ensayen como es debido) ni antes, por cierto, os habéis cuidado en ese sentido vosotros mismos. Pero, al ver que las letras y la música y la gimnástica bastante bien las tenéis aprendidas vosotros y vuestros hijos (que es lo que, en suma, consideráis educación cumplida en virtudes personales) y luego no salís por ello menos incapaces en lo que toca a las riquezas, ¿cómo no despreciáis esa educación de ahora y no buscáis quienes terminen con esa torpeza vuestra? Y ello es que es por ese desvarío y negligencia — que no por el desacuerdo del pie con la música de la lira — por lo que hermano con hermano y naciones con naciones, al tratarse unos con otros contra medida y sin armonía, se enfrentan en bandos y, entrando en guerra, llegan a hacer y padecer los últimos horrores. Pero decís vosotros que no es por falta de educación ni por ignorancia, sino adrede y de propósito, como son injustos y hacen mal los que hacen mal y son injustos, pese a lo cual os atrevéis al mismo tiempo a proclamar que es feo y vil y enemigo del cielo la injusticia y el hacer daño: ¿cómo, en fin, iba entonces uno a escoger adrede y de propósito semejante mal? “Sí — decís —, el que se deja vencer por los placeres.” Entonces, también eso sucede sin querer, si es que el vencer es lo voluntario. De manera que, mírese por donde se mire, ello es que el razonamiento impone que la injus-

ticia y el hacer daño sea cosa involuntaria, y que ha de poner más atención de la que ahora pone [en ello] así cada persona en lo privado como públicamente todas las naciones.»

408 Todo eso pues, Sócrates, yo, cuando una y otra vez te oigo decirlo, te admiro en ello y no sabes cuán de veras que lo apruebo. Y aun también cuando pasas a hablar de lo que viene detrás de eso: que los que se dedican a ejercitar sus cuerpos, en tanto que del alma están desentendidos, caen en otro absurdo por el estilo: desatender al gobernante, y poner en el gobernado todos los afanes. Y aun las veces que dices que, de lo que uno no sabe usar, más vale dejar de usar de ello: en fin, que si uno no sabe valerse de ojos ni de oídos ni del cuerpo en general, más le vale a ése ni oír ni ver ni para otro uso ninguno usar del cuerpo que no usar de él de cualquier manera; y así también con las artes o técnicas lo mismo: pues el que, en suma, no sabe manejar su propia lira, está claro que tampoco la del vecino, y asimismo el que la de los otros no, tampoco la propia suya, ni otro ninguno tampoco de los instrumentos ni de los enseres; y en fin, te sale muy bien la conclusión de ese razonamiento: que al que no sabe manejar su alma y vida más le vale estarse quieto con su alma y dejar de vivir que no seguir viviendo a su manera; y en caso de que el vivir sea una especie de necesidad, más cuenta pues le tiene pasar la vida como esclavo que como libre a semejante hombre, entregando, como si se tratara de una embarcación, el gobernarle del pensamiento a otro, al que haya aprendido la cibernética o arte de gobierno de los hombres, que es a la que tú, Sócrates, llamas política muchas veces, diciendo que, en último término, viene ella a ser la misma que el arte del juicio y la virtud de la justicia.

En fin, que a esas razones y a otras tales, muchísimas y muy bien razonadas, en el sentido de que es objeto de enseñanza la virtud y que, más que de nada, debe uno

cuidarse de sí mismo, ni he solido contradecirlas nunca, ni nunca en adelante — espero — he de contradecirlas; que muy persuasivas las considero y altamente provechosas, y que, en una palabra, como si estuviéramos dormidos, nos despiertan. Así que paraba yo atención como dispuesto a oír lo que viniera después de todo eso, dirigiendo mis preguntas no a ti a lo primero, Sócrates, sino [a alguno] de tus amigos y compañeros de afanes o camaradas tuyos o como quiera que sea el nombre que haya que emplear ante ti para referirse a algo como eso.

Pues de ellos a los que más o menos veía que más gozaban de tu estima era a los que primero les preguntaba, informándome de cuál era el razonamiento que seguía a aquéllos; conque, tentándoles un poco a tu manera, «Benditos de vosotros», les decía, «y ¿cómo diablos nos tomamos ahora la exhortación a la virtud con que Sócrates nos incita?: ¿como que se trata sólo de eso, y que no es dado atacar a fondo el asunto y hacerse cargo de él cumplidamente, sino que a lo largo ya de toda la vida nuestro trabajo ha de ser ese de incitar a ello a los que no estén incitados todavía, y ellos a su vez a otros?; o bien ¿hay que preguntarle a Sócrates a continuación y preguntarnos los unos a los otros, una vez que ya hemos reconocido que eso es lo que tiene que hacer un hombre: “¿Y ahora qué?: ¿cómo pensamos que hay que empezar el aprendizaje de la justicia y el hacer bien?”; tal como si uno nos incitara a cuidarnos de nuestro cuerpo, al ver que, igual que niños, no tenemos noción de que haya una gimnástica y una medicina, y así nos dirigiera sus reproches, diciendo que es vergonzoso poner todos los cuidados en los trigos y en las cebadas y en las viñas y todo aquello que por mor del cuerpo cultivamos y adquirimos, y que en cambio para el cuerpo mismo no busquemos alguna técnica ni industria para que esté lo mejor que quepa, y eso habiéndolas como las hay, y si a su vez le preguntáramos al que así nos incitara “Y ¿cuáles son esas técnicas que dices?”, nos habría

respondido seguramente que la gimnástica y la medicina; pues, en fin, así también en este caso, ¿cuál decimos que es la técnica que se dedica a la virtud del alma? Venga la respuesta.»

Conque el que parecía que estaba más fuerte en esas cuestiones me respondió diciéndome que ese arte era «la misma», dijo, «que le oyes decir a Sócrates; no otra sino la justicia». Pero al decirle yo: «No me respondas con el nombre solo, sino atiende cómo: un arte hay, sea como sea, que se llama medicina; y de ese arte los fines o resultados son de dos clases, lo uno seguir produciendo continuamente nuevos médicos que se añadan a los que ya haya, pero lo otro, la salud; y de estas dos cosas la segunda no es ya técnica ni arte, sino el producto u obra del arte que se enseña y que se aprende, que es, en fin, lo que llamamos la salud. Y asimismo en la arquitectura, según los mismos pasos, hay de un lado la casa y del otro la arquitectura, lo uno el producto y la técnica lo otro. Conque, en fin, lo mismo en la justicia, sea lo uno producir hombres justos y de bien, como allí los técnicos de cada arte; pero lo otro, lo que puede como obra o producto venir a realizar el hombre justo, ¿qué pensamos que es eso?, dime.»

Aquél, a lo que creo, respondió que lo conveniente; y otro, que lo debido; y un tercero, que lo provechoso; y aún otro, que lo productivo. A lo que yo, volviendo sobre la cuestión, les decía que también allí se dan, por cierto, esas locuciones en cada una de las técnicas: hacerlo bien, hacer cosas productivas, provechosas, o los otros términos de ese orden; «pero, en cuanto a qué cosa se refieren todos ellos, cada técnica responderá lo propio de cada una: como, por ejemplo, la carpintería, que lo de “bien”, lo de “hermosa”, lo de “debidamente” [se entiende] — dirá — con respecto a la manera de hacerse los muebles de madera, los cuales no son ya técnica ni arte. En fin, que nos responda también lo mismo en lo que toca a la virtud de la justicia.»

Al fin, Sócrates, me respondió uno de tus camaradas, que es el que me pareció que daba, al fin y al cabo, la versión más sutil, que una era la obra y producto propio de la virtud de la justicia, que no lo era de ninguna de las otras: producir la amistad y amor en el seno de las naciones. Conque ése, a nuevas preguntas mías, respondió que el amor era un bien y jamás un mal; pero los amores de los mancebos y de las bestias, que nosotros así llamados con ese nombre, al preguntarle a su vez por ello, no reconocía que fueran amores ni amistades: pues se le presentaba la evidencia de que más veces eran tales amores dañinos que no buenos. En fin que, rehuyendo semejante resultado, decía que ni aun siquiera amores eran esos tales, sino que falsamente les dan el nombre los que así los llaman; pero que el amor real y verdadero era — a lo más seguro que podía decirse — un acuerdo o concordia. Mas al preguntarle por la concordia o mutuo acuerdo si opinaba que fuera una igualdad de creencias o un entendimiento, lo del acuerdo de creencias lo rechazaba: pues por fuerza se imponía que muchos acuerdos de creencias entre los hombres resultaban también dañinos, mientras que del amor reconocido quedaba que era un bien de todo en todo y obra o producto de justicia y de virtud; de manera que dijo que una misma cosa eran concordia y entendimiento, pero no una creencia.

410 Cuando estábamos, en fin, en este punto de las razones metidos en aprieto, se veían los circunstantes en condiciones de abuchearle y de ponerse a decir que ya estaba el razonamiento de vuelta a la redonda a sus comienzos; y decían que también la medicina es una cierta concordia de entendimiento, así como todas las técnicas, y acerca de qué lo son pueden decirlo; «pero esa virtud de justicia de que hablabas o concordia, héla que se nos ha escapado a qué se refiere o se dirige, y no se ve cuál diablos es su obra o su producto.»

Esas preguntas, Sócrates, yo finalmente también a ti

mismo te las dirigía; y me dijiste que era propio de la virtud de justicia a los enemigos dañarles y a los amigos hacerles bien; pero luego apareció la evidencia de que, dañar, el hombre justo nunca daña a nadie: pues todo para su provecho a todos se lo hace. Y tras haber aguantado el pasar por ésas no una vez ni dos, sino, en fin, mucho tiempo, y aun poniéndome insistente, he renunciado a ello, convencido de que, en lo que toca a incitar al cuidado del bien y la virtud, tú eres el que mejor lo haces en el mundo, pero que, una de dos, o que sólo hasta ahí llega tu poder y ni un punto más lejos (lo que puede darse también con otra técnica cualquiera, como, por ejemplo sin ser timonel estudiar y ejercitar el elogio de ese arte, mostrando cómo es de gran valor para los hombres, y así también con las otras técnicas: lo mismo, al cabo podría a ti también uno achacártelo acaso con respecto a la virtud y la justicia, como que no eres un punto más entendido en justicia ni virtud por el hecho de que la elogias tan hermosamente; en todo caso, no es ésa mi actitud, por cierto), pero una de dos, que o no sabes ese arte o no quieres hacerme a mí participar en él. Por lo cual, en fin, me pasaré tanto a Trisímaco — creo — como a otro sitio cualquiera adonde pueda ir, en el aprieto en que me hallo; porque lo que es si quieres tú terminar de una vez para conmigo con esos razonamientos, los persuasivos, y lo mismo que si en cuestión de gimnástica estuviera persuadido de que no hay que desentenderse del cuerpo, me dirías lo que viene a continuación del razonamiento persuasivo, cuál es el modo de ser o naturaleza de mi cuerpo y de qué clase de cuidados por tanto necesita, aun ahora, en fin, que sea, hágase lo mismo [en esto]: da por supuesto que Clitofonte reconoce y está de acuerdo en que es ridículo el poner atención en las demás cosas, y del alma en cambio, por mor de la cual nos esforzamos en cultivar las otras, nos quedamos desentendidos de ellas; y en todas las demás cuestiones que están con ésas enlazadas, que son a

las que acabo de pasar revista, ten por hecho que me pronuncio ahora sobre ellas de la misma forma.

Y encarecidamente te ruego que por nada del mundo sigas haciendo de otro modo, para que no suceda que, como ahora, en unas cosas te alabe delante de Lisias y de los demás, y en otras llegue también a hacerte algún reproche. Pues sí, Sócrates, para un hombre que no esté todavía persuadido diré que vales tú todo lo que se quiera, pero que para uno ya persuadido vienes a resultar casi hasta un estorbo de que, viniendo al fin y cumplimiento de la virtud y el bien, pueda llegar a ser feliz.